

mas tarde fué sorprendida por un parto prematuro acompañado de un largo desmayo, durante el cual el niño fué bautizado y murió una hora despues. Vuelta á su conocimiento pidió que le mostraran aquel querido niño, pero no pudieron presentarle mas que un cadáver. Le tomó en sus brazos, le cubrió con sus besos y sus lágrimas, y fué atacada de una convulsion; bien pronto los dolores se hicieron mas intensos, y los médicos no dieron esperanzas. Francisco, informado del accidente, corre á la habitacion, y no encuentra allí mas que turbacion, confusion y afliccion. La moribunda le descubre, y «Padre mio, esclama, »es preciso morir.—Lo sé, querida hija, le contesta, ¿es de »mí de quien quereis hablar?—No ciertamente, debeis »vir para la gloria de Dios y la salvacion de las almas; yo »voy á morir: he hecho á Dios el sacrificio de mi vida, y »solo pido morir en su amor.» El Obispo entonces le propuso recibir los últimos Sacramentos, lo que hizo con el fervor de un ángel; luego, en toda la plenitud de su razon, hizo su testamento, instituyendo al Obispo de Ginebra heredero universal de los bienes que provenian del Baron de Thorens, y dividiendo su dote entre la Visitacion y sus dos hermanos. Arreglados así sus negocios temporales: «Padre »mio, dijo, solo me resta un deseo, el de morir religiosa de »la Visitacion.» El santo Obispo accedió á ello, recibéndola primero como novicia, y dándola luego la profesion en presencia de toda la comunidad. Contenta entonces y sin mas deseo que el cielo, no vivió ya para la tierra. Desde este momento hasta su último suspiro, no se habló mas que de cosas santas, pronunciándose palabras abrasadas en el fuego del amor divino y aspiraciones fervorosas, tanto de parte del santo Obispo que la exhortaba, como por parte de la moribunda, que esperaba con alegría su salida de este mundo. Por fin murió con la muerte de los santos, pronunciando con trasportes de amor los nombres de Jesus y de María (1).

(1) Memorias de Dané, por M. Camus.

Francisco hizo un esfuerzo sobre sí mismo para cumplir con sus últimos deberes para con la querida difunta; y llenados estos, mandó que le tuvieran preparados los caballos para ponerse en camino.

Sus criados creyeron primero que queria ir á su castillo de Sales, que solo distaba de allí doce kilómetros; y cuando supieron que partia para Belley, no pudieron menos de manifestarle su admiracion de que dejara sola en una afliccion tan grande á la Señora de Chantal. «¡Ah! »haceis agravio á mi corazon considerándola mas afligida »que yo; yo conozco la fortaleza de su alma y la debilidad »de la mia; ¿cómo podré proporcionarle consuelo, necesi- »tándolo mas que ella? No os parezca mal que vaya á bus- »carlo donde pienso encontrarlo.» Fué pues á Belley á desahogar su alma afligida en el corazon de su amigo, y se consoló contándole la santa vida y la muerte mas santa aún de la Baronesa, á quien pintaba como un ángel mas que como una criatura mortal (1).

Despues de haber reposado algunos dias su dolor en el seno de la amistad, Francisco volvió á Annecy, y dirigió dos cartas al Soberano Pontífice. La primera era relativa á las religiosas de Santa Clara. Estas piadosas hijas, conforme á sus reglas, no poseian nada y no podian vivir mas que de limosna. Però el pais, exhausto por una guerra de treinta años y por las devastaciones de los herejes, no podia subvenir á su subsistencia, de suerte que se encontraban en una estremada pobreza, que unida á su austeridad y vigiliass les ocasionaba enfermedades que minaban su vida. Dirigidas por los hermanos menores, no estaban bajo la jurisdiccion del Obispo; pero bastaba que estuviesen en desgracia para escitar todo su interés. «No »me preocupo de la autoridad, decia, no quiero mas que »el amor y la caridad de las almas. Dios me ha hecho la »gracia de que me agraden todos los que le aman.» Movido de su miseria las visitaba á menudo, les daba muchas li-

(1) Carta CCCXCII.

mosnas; escogia tambien su iglesia para conferir las órdenes, con el fin de proporcionarles el ligero beneficio del cirio que debe llevar cada ordenando para la ceremonia. Sin embargo, comprendiendo bien que todo lo que podia hacer por ellas era muy inferior á sus necesidades, escribió al papa Paulo V (1), para rogarle las autorizase á poseer bienes en comun, para que libres de las inquietudes de la extrema pobreza, pudieran servir á Dios con un corazon libre y una santa alegría. Escribió al mismo tiempo al cardenal Belarmino (2), para rogarle apoyara su demanda. Pero estas caritativas tentativas quedaron sin resultado, y las religiosas continuaron sin tener otro recurso que las escasas limosnas de los fieles de Annecy y de los alrededores.

La segunda carta que Francisco escribió á Paulo V fue una respuesta al breve, por el cual este Soberano Pontífice le pedia su dictamen sobre Juvenal Ancina, que habia muerto siendo Obispo de Saluces, á quien se pensaba beatificar. Esta respuesta tiene de notable que el autor, al pintar á su amigo el Obispo de Saluces, se pinta á él mismo, sin pensarlo, rasgo por rasgo. «Admiraba en él, dice (3), la union maravillosa de una ciencia profunda con una humildad mas profunda aún, de la gravedad en su lenguaje y maneras con una gracia y modestia perfectas, de la devocion con una cortesía esquisita. Nunca se ha visto en él la menor muestra de amor propio; y por otra parte amaba cordialmente á todos los religiosos, eclesiásticos y seglares, sin tener prevencion con nadie. No conocia las palabras heladas de *mío* y *tuyo*, y no veia en todas las cosas mas que á Jesucristo y la mayor gloria de Dios. Su caridad en socorrer al prójimo solo se podia igualar con su prudencia para dirigir las buenas obras y su sabiduría para ejecutarlas. En la silla episcopal, su

(1) Carta CCCXCII.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. XXXII.

(3) Carta CDI.

»virtud ha brillado mas aún, y ha hecho de él una lámpara ardiente y brillante, que colocada sobre el candelero ha iluminado á todos los que estan en la casa de Dios. No se puede decir el amor y veneracion que le tenia su pueblo, pues hasta tal punto le cautivaban todos los corazones, tanto su noble afabilidad como su admirable hondad.»

Por este tiempo la ciudad de Grenoble, ávida de oír por segunda vez la poderosa palabra que tanto le habia edificado, invitó al santo Obispo para el Adviento próximo con la Cuaresma del año siguiente: y esta súplica estaba acompañada del permiso del Duque de Saboya, que el Mariscal de Lesdiguières, al volver de sus brillantes acciones en la guerra del Piamonte, habia obtenido facilmente del príncipe. Dos razones hubieran podido hacer dudar á cualquier otro para aceptar esta proposicion: en primer lugar, algunos consideraban como una imprudencia ir á predicar durante dos años seguidos las misiones de Adviento y de la Cuaresma en una ciudad como Grenoble, y decian que iba necesariamente á incurrir en repeticiones, y á esponerse con ellas á las burlas de los herejes. En segundo lugar, la Madre Chantal estaba atacada de una nueva enfermedad que ponía sus días en peligro; y ¿cómo dejarla en este estado? Pero ni una ni otra de estas consideraciones pudieron detener al hombre de Dios. Contestó á la primera: «Los que me acusan de imprudencia tienen alguna razon; conozco que son hombres porque razonan humanamente. Si quisiera predicarme á mí mismo, tendria motivo de temer; pero no queriendo predicar mas que á Jesus y su gloria, espero hacer ver á todo el mundo que nuestro Dios es un tesoro inagotable.» (1) Contestó igualmente á la segunda objecion, que el bien público debia ser preferido al privado, la gloria de Dios á todas las afecciones del corazon; partió, aunque no sin grandes

(1) Carta CDI.

inquietudes. Estas ansiedades le acompañaron los primeros días de su misión. «Estoy con cuidado por nuestra Madre que dejé en peligro hace diez ó doce días, escribia el 4 de diciembre (1). Considerad si habiendo estado desde la víspera de San Andrés sin tener noticias tuyas, estaré con inquietud.»

En fin, habiendo sabido el 8 de diciembre, día de la Purísima Concepción de la Santísima Virgen, que la enferma entraba en el período de convalecencia, le manifestó su alegría con estas risueñas palabras que le escribió (2). «He ido tan alegre como un pajarito á mi púlpito, donde he cantado las alabanzas de este gran Dios que ha rescatado mi vida de la muerte, y me coronará en su misericordia, mas alegremente que de costumbre. ¡Dios sea bendito para siempre, que nos consuela en su misericordia!»

Libre de esta cruel inquietud, se entregó enteramente á los trabajos de su misión, y obtuvo los mismos resultados que el año precedente. Los ministros calvinistas, celosos del bien que hacia, procuraban cojerle en alguna falta, bien fuera en su doctrina ó en su conducta; mas no encontraron nada censurable. Entonces recurrieron á las injurias y al desprecio, pero el santo Obispo respondió á ellos, según los consejos evangélicos, volviendo bien por mal, bendiciones por maldiciones; y terminó así felizmente su misión, después de lo cual partió prontamente para Annecy.

Llegado á esta ciudad, escribió dos cartas al rey de Francia, la primera para rogarle reemplazara con oficiales católicos á los herejes que mandaban el país de Gex; y como los buenos ejemplos tienen mas fuerza que los buenos discursos para ganar á los herejes, añadía á esta petición autorizase para restablecer allí á los religiosos reformados, sobre todo á los Padres del oratorio, «que son, dice,

(1) *Año Santo de la Visitación*, 27 de febrero.

(2) Carta CDIII.

»buenos para toda clase de servicios espirituales, y pueden »mas facilmente tener relaciones con los herejes.»

Su segunda carta fue relativa á los Carmelitas. Estos religiosos habian pedido á Luis XIII volver á tomar posesión de su antiguo convento, situado en Gex, del cual quedaban aún algunos restos y algunos bienes. El rey, antes de contestar, consultó al Obispo de Ginebra, que aprobó este restablecimiento aunque con ciertas condiciones (1).

En medio de estas solicitudes, su alma, que habia sido probada ya tan cruelmente poco antes con la muerte del baron y la de la baronesa de Thorens, recibió á la vez dos golpes de los mas fuertes que pueden herir un corazón sensible. Perdió á dos de sus mas íntimos amigos; el primero era D. Simpliciano, director del colegio de Annecy, que unia á una piedad eminente una ciencia profunda; respetado y amado de los alumnos, venerado de toda la ciudad como un santo notable en el púlpito por su modo de instruir, asiduo en el confesonario, donde gozaba de la confianza general, parecia un ángel en el altar y vivia con una vida tan mortificada, que le hizo sucumbir prematuramente. El segundo fué el señor de Coex, llamado el señor de Sainte-Chatherine, para distinguirlo de su hermano el prior de Talloires, canónigo de la catedral, gran penitenciaro, eclesiástico perfecto, de una piedad sincera y bien entendida, el cual era en particular para Francisco mas que un amigo; era su confesor, su ojo y su brazo derecho por la ciencia y el celo, y el piadoso Obispo le profesaba todo el interés que la caridad y el reconocimiento ponen en el corazón de los santos.

Así que le vió enfermo, oró con toda su alma por una vida á la que estaban unidos tan grandes intereses. Pero Dios, en vez de escuchar su ruego, le reveló que la sentencia de muerte estaba dada sin apelación é iba á ejecutarse (2). Entonces, armándose de toda su resignación para

(1) Carta CDV.

(2) Carlos Aug., p. 509.

someterse á la voluntad divina, no pensó mas que en alentar y preparar á este digno amigo para el sacrificio de su vida. Habiendo venido á visitarle, encontró al entrar en su casa al hermano del enfermo, el señor de Coex, prior de Talloires, que se deshacia en lágrimas. «He orado mucho, »le dijo, por la salud de nuestro amado hermano, y Dios »me ha revelado que queria sacarle de este mundo. El Señor es el dueño, debemos someternos: los sufrimientos »que padece ahora le servirán de purgatorio.» Sugirió luego al enfermo los sentimientos piadosos que convenian á su posicion, despues de lo cual se retiró, encargando que le llamaran cuando la muerte estuviese próxima. Llegado á su casa, preguntó á Luis de Sales su hermano lo que pensaban los médicos; y habiéndole contestado que conservaban alguna esperanza de salvarle: «No, dijo, morirá; tengo algunos motivos para saberlo.» Durante este tiempo el prior de Talloires, llorando siempre á la cabecera de su amado hermano, tuvo el consuelo de recibir de su boca estas bellas palabras, tanto mas notables, cuanto que expresaban el sentimiento de un santo y de un santo moribundo: «Hermano mio; le dijo, enjugad vuestras lágrimas y no os aflijais tanto por mi muerte; os he recomendado á Monseñor, quien me ha ofrecido ser para vos un hermano; »guardaos bien de emprender nada sin su consejo: es un »gran santo, un Juan Bautista en pureza, un Borromeo en »humildad; soy feliz en decíroslo en el momento de dejar »este mundo para ir al cielo; no debia llevar este secreto »al sepulcro.» (1) Poco despues, agravándose el mal, llamaron á Francisco como deseaba, el cual estaba tomando entonces su desayuno, é interrumpiéndolo corrió al lado del enfermo. «Valor, hermano mio, le dice, morimos, pero »morimos bien; decid de lo mas íntimo de vuestro corazón: ¡Viva Jesus á quien amo, Jesus en quien espero, »Jesus cuyos méritos y sagrada Pasion forman toda mi »confianza! Ved que la eternidad se acerca, que vais á ver

(1) Juan de San Francisco, p. 368.

»al Señor en la tierra de los vivientes.» A estas palabras el enfermo levanta los ojos al cielo, pronuncia diez ó doce veces: ¡Viva Jesus! pierde la voz y entra en agonía. El santo Obispo cae entonces de rodillas con todos los asistentes, reza las Letanías con la recomendacion de alma; y como la agonía tenia largo tiempo al enfermo en crueles angustias, sacó de un relicario de plata un pedacito de madera que habia sido mojado en la sangre de San Carlos Borromeo, lo sumió en el agua y le hizo beber algunas gotas de ella despues de haberla bendecido. En el mismo momento las angustias cesaron, la serenidad volvió á aparecer en el rostro del moribundo, y algunos momentos despues se durmió pacíficamente en el Señor (1). Francisco le bendijo por última vez, le cerró los ojos y alivió su dolor con abundantes lágrimas, que este es el modo como aman los santos. El prelado afligido, despues de haber reclamado el rosario del difunto como recuerdo y como reliquia, se consoló depositando su pena en el corazón de la Madre de Chantal. «Dios, que nos le habia dado para su »servicio, le escribe (2), nos le ha quitado para su gloria. »¡Su santo nombre sea bendito! Dios reparará esta pérdida y nos proveerá de obreros en lugar de los que le ha »agradado retirar de su viña para hacerlos sentar á su »mesa.»

Del lecho de muerte de su amigo, el santo Obispo fué llamado al lado de un moribundo bien diferente; este era un pecador público que, despues de haber caido en grandes extravíos, viéndose pronto á dar cuenta de una vida tan desordenada al soberano juez, estaba sumido en una horrible desesperación, rechazando á todos los sacerdotes, y queria morir sin confesion. No bien supo Francisco el estado de este desgraciado, cuando corre á él, le habla con dulzura de las divinas misericordias, le fuerza con sus maneras dulces y bondadosas á decirse á sí mismo:

(1) Dep. de Myncet.

(2) Carta CCCXIV.—Carlos Aug., p. 510.

«Si un hombre puede ser tan bueno, ¿qué será Dios?» Y al punto su corazón se abre á la confianza, se alienta su ánimo, pide públicamente perdon de sus faltas, las confiesa con los sentimientos de la mas viva contrición, recibe piadosamente los últimos sacramentos, y muere poco despues en la paz del Señor.

La Cuaresma entonces se aproximaba, y era preciso que el santo Obispo se dirigiera á Grenoble, para predicar en esta ciudad la segunda mision como habia prometido. Todo Grenoble acudió con nuevo ardor á oírle, y le escuchó con una admiracion siempre creciente.

Se conocia que el espíritu de Dios hablaba por su boca, y sus discursos eran menos un esfuerzo del espíritu humano que una de esas producciones del alma purificada por la piedad, que instruyen y que mueven, que ilustran y abrasan. Así era que producía frutos admirables. Los pecadores se convirtieron, los justos se hicieron mejores, y la piedad se aumentó en toda la ciudad. El Mariscal de Lesdiguières asistió á escucharle en público, y despues de hablarle en particular se afirmó en la disposicion de abrazar la religion católica, lo que hizo en efecto cuando fué condestable. En fin, todo el mundo, juzgando de la santidad de las hijas por la del padre, quiso tener en la ciudad un monasterio de la Visitacion. Consintió en ello, y envió á la Madre Chantal con algunas otras religiosas para hacer esta fundacion. Llegó esta la víspera del domingo de Ramos, encontró la casa provisional que se habia alquilado provista de todo lo necesario, y al dia siguiente se hizo con gran pompa la ceremonia del establecimiento de la nueva comunidad.

El Lunes Santo eligió en union con el Obispo, para edificar definitivamente el monasterio, un lugar elevado y de difícil acceso en medio de las rocas, por ofrecer á la vez un aire mas puro, la ventaja de comprarlo á menos precio, y mayor facilidad á sus religiosas para hacer una vida solitaria y separada del mundo; recibió luego algunas novicias, y despues de haber organizado esta comunidad

naciente, regresó á Annecy. En cuanto al santo Obispo, deseó, antes de volver, visitar la gran Cartuja que solo está á doce kilómetros de Grenoble (1).

Don Bruno Affunges, este ilustre General de la orden, de que hemos tenido ya ocasion de hablar, le hizo una acogida digna de su piedad, conduciéndole á la cámara de huéspedes mas decente; y despues de haberse entretenido con él en santos discursos, le rogó le escusara si no podia acompañarle mas tiempo, porque debia disponerse para asistir á Maitines.

El Obispo quedó muy edificado de esta exactitud, pero cuando este santo religioso se retiraba encontró al provisor de la casa, que le preguntó donde habia dejado á monseñor de Ginebra: «Le he dejado en su cuarto, dijo, »para ir á mi celda á disponerme para los Maitines.—Verdaderamente, le dijo el religioso, entendeis muy mal las »ceremonias; siempre tendreis bastante tiempo para cantar las alabanzas de Dios; los Maitines no os faltarán »otras veces, y no tenemos con frecuencia en este desierto »prelados de tanto mérito como el Obispo de Ginebra. ¡Qué »vergüenza para la casa que le hayais dejado así solo!— »Hijo mio, contestó el General, creo que teneis razon, y »que he hecho mal.» Y al instante, volviendo á ver al santo Obispo, le dijo con un candor y una ingenuidad admirables: «Monseñor, he encontrado al retirarme á uno de »nuestros padres, que me ha dicho he cometido una falta »en dejaros solo; le he creído, y me he vuelto en seguida »para pedir os perdon, rogándoos escuseis mi necedad, porque os aseguro que *ignarus feci*, no habia comprendido »la falta que cometia.»

Francisco, admirando tanto candor mas que si hubiese visto un milagro, se detuvo algunos dias en este santo asilo de la perfeccion religiosa, estudiando sus virtudes y reglas, y volvió á Annecy embalsamado con el perfume de piedad que se respiraba en este santo lugar.

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XXXII.